

¡ LA DECISIÓN ES SUYA !

El bienestar depende de un buen empleo y éste se obtiene con buena preparación . . . Seleccione AHORA su Curso por Correspondencia

Recorte y envíe este cupón hoy mismo

ESCUELAS INTERNACIONALES

INTERNATIONAL CORRESPONDENCE SCHOOLS
DE LA AMÉRICA LATINA

Manzana de Gómez 201—Habana, Cuba—Teléfono M-9208

Depto. C-2019A

Sr. Director: Sírvase enviarme GRATIS Y SIN COMPROMISO, informes sobre el curso señalado con una X

- | | | | |
|--|---|--|---|
| <input type="checkbox"/> Inglés para Español (Con Discos Gratis) | <input type="checkbox"/> Contabilidad Avanzada o Superior | <input type="checkbox"/> Arquitectura y Construcción (13 Esp.) | <input type="checkbox"/> Dibujo Mecánico, Lineal y Arquitectónico |
| <input type="checkbox"/> Ingeniería Mecánica (15 Especialidades) | <input type="checkbox"/> Curso Secretarial | <input type="checkbox"/> Mecánica del Automóvil | <input type="checkbox"/> Ing. Industrial |
| <input type="checkbox"/> Ing. Eléctrica (13 Esp.) | <input type="checkbox"/> Ing. Civil e Hidráulica (10 Esp.) | <input type="checkbox"/> Técnico en Motores Diesel | <input type="checkbox"/> Corte y Confección |
| <input type="checkbox"/> Técnico Electricista | <input type="checkbox"/> Topógrafo | <input type="checkbox"/> Ing. Química y Farmacia | <input type="checkbox"/> Textiles |
| <input type="checkbox"/> Comercio y Ventas | <input type="checkbox"/> Técnico en Radio y Televisión (Con Equipo de Práctica) | <input type="checkbox"/> Perito en Química Industrial | <input type="checkbox"/> Telegrafía y Telefonía |
| | | <input type="checkbox"/> Matemáticas | <input type="checkbox"/> Refrigeración |

Nombre Dirección Ciudad Estado, Depto. o Provincia País Edad Ocupación

mandas de carácter político. Estas incluyen, desde luego, la renuncia de Batista y la celebración de próximas elecciones bajo la presidencia provisional del ex-magistrado Manuel Urrutia, que presidió antaño el juicio por los hechos del Moncada. En su pensamiento doctrinal, Castro dista mucho de ser "comunista", como afirma sistemáticamente el Gobierno. Al igual que casi todos los jóvenes de su generación, profesa un izquierdismo de signo democrático: sus manifestos no autorizan a pensar otra cosa. Se asegura, además, que es católico, y ciertamente no le faltan simpatías de elementos de la Iglesia, uno de cuyos sacerdotes actúa de capellán en sus fuerzas. Algunas de sus tesis son de matiz socializante, como la relativa a la nacionalización de los servicios públicos. Otras como la de la división de los latifundios y la distribución de la tierra entre quienes la cultivan, cualquiera que sea su pertenencia en relación con los intereses cubanos, representan justamente todo lo contrario del colectivismo. En rigor, el movimiento está demasiado embargado por su lucha —y tal vez demasiado limitado por la inexperiencia y la edad de quienes lo integran— para haber podido fraguar todavía un ideario. A la imputación de comunismo y a la prevención consiguiente de los elementos cubanos pertenecientes a las clases propietarias ha contribuido también el que Castro haya incluido últimamente entre sus procedimientos de lucha la quema de campos de caña, que tiene, sin embargo, un antecedente glorioso en la lucha de los "mambises" contra España. Pero todo esto alarma inevitablemente, no sólo a los aludidos elementos cubanos, sino también a ciertas zonas de la opinión norteamericana, cuya actitud recelosa contrasta muy visiblemente, no obstante, con las simpatías de que disfruta el líder cubano en la prensa y en la opinión.

La actitud de los Estados Unidos

Lo cual nos trae a considerar brevemente la actitud oficial de ese país hacia el problema de Cuba.

Tradicionalmente, Washington miró siempre con poca simpatía las revoluciones antiautoritarias de Hispanoamérica, por cuanto

han solido aspirar a la reivindicación de derechos populares ahogados por oligarquías económicas bienquistas del inversionismo yanqui. Particularmente se ha caracterizado por esa actitud el Partido Republicano. Frente a los gobiernos emanados de revoluciones triunfantes, la técnica diplomática de los Estados Unidos fue, por mucho tiempo, negar el reconocimiento hasta que dieran garantías de que la mutación de autoridad no había de afectar aquellos intereses. Washington ejercía así una especie de censura de los movimientos revolucionarios hispanoamericanos y de sus gobiernos. Esa tradición fue alterada considerablemente por el Presidente Roosevelt, del Partido Demócrata. Atendiendo a reiteradas demandas hispanoamericanas y a su propia filosofía "liberal", la política llamada del Buen Vecino respetó la libre determinación de los otros pueblos del hemisferio y estableció, tras algunos tanteos, la norma del reconocimiento de todo gobierno que asumiese el poder con visos de estabilidad. A esto se le llamó la política de "no intervención".

Su bien intencionado designio ha sido muchas veces desfigurado por los hechos. El más importante de éstos es la más reciente orientación de los Estados Unidos ante la situación mundial. Washington ve en las repúblicas latinoamericanas una extensión de su retaguardia en la lucha contra el comunismo. Esta concepción ha acabado por ahogar toda política casuista y específica hacia dichas repúblicas, por lo menos en un sentido de solidaridad con los intereses democráticos más genuinos de sus pueblos. Lo que a los Estados Unidos les interesa, por encima de todo, es asegurarse de que en esas repúblicas haya gobiernos "anticomunistas", por arbitrarios o abusivos que en otros sentidos sean. En todo caso, se piensa que si los propios pueblos no rectifican o cambian esos gobiernos, nada pueden hacer los Estados Unidos por ellos.

Ahora bien, otro hecho sobresaliente en nuestro tiempo es la facilidad con que, en los países sobre todo de escasa tradición institucional, el poder público puede ser secuestrado por quien tiene las armas, es decir, por los institutos ar-

mados. Frente a los ejércitos modernos, por pequeños que sean, organizados técnicamente y equipados de armas automáticas y aviones de bombardeo, los pueblos están prácticamente inermes e impotentes para reivindicar sus derechos cuando son conculcados. Las revoluciones "románticas" ya son poco viables, trátase de Hispanoamérica o de Hungría. Si a esto se añade que invocando sus leyes de "neutralidad" los Estados Unidos prohíben la exportación no oficial de armas a esos países y persiguen implacablemente a quienes la intentan, como está ocurriendo ahora mismo con el exPresidente Prío de Cuba, el resultado neto es una suerte de intervención negativa en los destinos de esos países. De hecho, el gobierno Republicano ha venido ayudando, quiéralo, o no, a las dictaduras hispanoamericanas más recientes, casi todas de factura militar. Así se explica el beneplácito diplomático dado a gobiernos como el de Trujillo en Santo Domingo, el de Somoza en Nicaragua, el del recién derrocado Pérez Jiménez en Venezuela, o el de Rojas Pinilla, que sufrió igual suerte, en Colombia.

Representante de ese criterio ante Batista fue el hasta hace poco embajador de los Estados Unidos en La Habana. Arthur Gardner. Con sus declaraciones, a menudo carentes del tacto más elemental, con sus zalamerías a los sectores mercantiles y a los conformistas de la "alta sociedad"; en fin, con sus informes a Washington, dio apoyo inapreciable a Batista, no obstante serle evidente que su poder no sólo tenía origen espurio —cosa que al automatismo del reconocimiento no estorba—, sino que se veía repudiado por la inmensa mayoría del pueblo cubano y por sus instituciones y personalidades más respetables. Cuando menos pudo embajador —personaje puramente "social"— haber adoptado una actitud de prudente reserva como muestra de respeto a esa opinión cubana inconforme con el régimen.

Esta fue manifestamente la actitud que quiso asumir el embajador que últimamente le sucedió: Earl T. Smith. A poco de llegar a la Isla, hizo una visita, de por sí significativa, a Santiago de Cuba. La ciudad se hallaba en ese

momento estremecida y agitada por la muerte violenta de uno de los lugartenientes civiles de Fidel Castro. Mujeres de Santiago improvisaron una manifestación en las calles ante el Embajador. La policía las disolvió sin contemplaciones. Mr. Smith hizo a la prensa unas declaraciones, insólitas pero discretas, lamentando indirectamente el proceder policiaco. El canciller Dulles las respaldó en Washington al loar la intención "humana" de su embajador.

Indignése, en cambio, el gobierno cubano. Batista movilizó —según se dice— a destacados miembros de empresas norteamericanas establecidos en Cuba para que, en defensa de sus propios intereses, se trasladaran a los Estados Unidos e instaran en Washington a favor suyo y del régimen. Fuese o no así, lo cierto es que la actitud de Washington cambió. Acaso ha contribuido también a eso la campaña incendiaria de Fidel Castro contra los campos de caña, no pocos de los cuales pertenecen a compañías americanas, o suministran caña a centrales de su propiedad. Posteriores y muy recientes declaraciones del embajador Smith se han limitado a expresar el deseo de los Estados Unidos de que en Cuba se efectúen elecciones que satisfagan al pueblo.

La perspectiva actual

Batista en efecto, ha convocado elecciones generales para el año actual, y hasta anticipó ya hace tiempo, de noviembre para junio, la fecha de ellas. Últimamente concedió la libertad de prensa y restableció, en toda la Isla menos en la provincia de Oriente, las demás garantías que llevaban casi seis meses suspendidas por tercera vez formalmente, aunque de hecho casi lo han estado siempre desde que ocupó el poder hace seis años. Los partidos del Poder (en realidad agrupaciones "de bolsillo", algunas de ellas esqueléticas ya, como el viejo Partido Liberal de Machado, otras sin tradición ni fisonomía propia de ningún género y arbitrariamente diferenciadas sólo a los efectos de simular un concurso electoral) han designado ya su candidato presidencial: un político joven, antiguo secretario del general Batista y hechu-

ra suya. La coalición así formada insiste en que se efectuarán elecciones a todo trance, aunque la mitad de la Isla esté ardiendo.

Hacen el juego a esa política electoralista la fracción "auténtica" de Grau —no obstante su experiencia de 1953— y otros dos grupos menores de la oposición que, más o menos sinceramente, estiman que las elecciones son la única salida del problema nacional. ¿Qué razones hay para que los demás grupos opositoristas, señaladamente el Ortodoxo, el "auténticismo" del ex-presidente Prío y, sobre todo, Fidel Castro y los suyos, se resistan a esa solución tan aparentemente legal y lógica?

Hay una alegación común a estos tres sectores: "No creen que las elecciones convocadas puedan serlo de veras". Se fundan para ello en dos consideraciones. La primera que, de hecho, Batista no ha creado el ambiente preeleccionario adecuado. Sin libertades plenas para la movilización y la propaganda de los partidos, con centenares de ciudadanos en el exilio y otros tantos en las cárceles, sin garantías siquiera de forma en la mayor de las provincias, ¿cómo puede hablarse de una consulta electoral genuina? En este mismo pensamiento abundan muchos sectores no políticos del país. Hace unas semanas por la fecha en que esto se escribe, un numeroso concurso de las más prestigiosas corporaciones cubanas, profesionales, culturales, cívicas y hasta laicoreligiosas, han emitido un manifiesto declarando la inviabilidad y en todo caso la ineffectividad, de las pretensas elecciones. A su juicio no podrían menos que ser una duplica de las de 1953, o algo todavía peor.

Conspiran en ese sentido circunstancias que pudiéramos llamar "de fondo". Batista ha montado un régimen castrense y político que da evidentes muestras de no hallarse dispuesto a aceptar su desplazamiento cualesquiera sean sus protestas verbales en contrario. El Ejército, sobre todo, parece descartar toda perspectiva de verse sometido a disciplina política de tipo constitucional con la posible elección de un presidente que le sea desafecto. Es más: hace sólo pocos meses, el general Batista llevó a cabo, mediante ley de "su" Congreso, una reforma interna, elevando de grado a los actuales generales del Ejército y creando un cargo de "generalísimo". Es pública convicción que Batista tiene el propósito de ocupar ese cargo al abandonar —como sin duda proyecta hacerlo— la presidencia en febrero del año próximo, fecha de entrega de sus poderes civiles. Qué fundamento real puede tener ese pronóstico, no puede, desde luego, asegurarse; pero el solo hecho de que sea verosímil y esté difundido, deja entender hasta que punto el pueblo cubano carece de fe en las elecciones anunciadas.

El problema político nacional está así encerrado en un círculo vicioso: no se cree en las elecciones porque no hay garantías en cuanto a su viabilidad o a su efectividad, y no hay garantías porque unas elecciones verdaderas serían la muerte de un régimen que aspira a perpetuarse, no ya por simple adhesión al poder, sino también por miedo a los rencores que él mismo ha acumulado.

En el caso de Fidel Castro y su Movimiento otras consideraciones de más categoría histórica militan

contra ese propósito electoral, aunque no contra una solución electoral genuina y cierta. Castro ha llegado a hacerse el representante más autorizado de una juventud cubana —y de muchos ciudadanos maduros coincidentes con ella— que ha heredado todo el sentimiento de defraudación de varias generaciones republicanas. En la actual contienda, más de un millar de cubanos deben sumar ya los que han perecido en episodios militares y los ejecutados por la fuerza pública. Otros tantos quizá se hallan en prisiones o desterrados. Incontables son los vejados, los apaleados, los torturados, los mutilados... Castro y sus hombres piensan que se ha derramado ya demasiada sangre y soportado demasiado dolor para que no se haga un esfuerzo supremo por sanear de una vez la república minada de politiquería, de venalidad, irresponsabilidades e ineptias cada vez más escandalosas. Representa, pues, el batallador de la Sierra la aspiración a una reforma radical de la vida pública cubana: es el mismo ideal que se alzó en 1930 contra Machado, que pareció triunfar decisiva-

mente en 1933 y que al cabo en muchos aspectos se frustró por la intervención en aquel proceso del militarismo batistiano, del revolucionarismo frívolo, sin sentido ético, y del pragmatismo diplomático de los Estados Unidos. A lo que parece, Castro está dispuesto a hacer triunfar ese ideal o a morir por él.

Ese planteamiento radical es quizá la razón más profunda de que se apartase hace unos meses del pacto que en principio hizo con los otros grupos antielectoralistas. Aparte razones alegadas de menor cuantía, la sola manera de explicarse una decisión tan grave, a "prima facie" poco acertada, es que no todos los demás grupos comparten la concepción más profunda que Castro y sus compañeros tienen de las necesidades históricas cubanas, tan similares a las de otros países de la América Latina.

En todo caso, la propaganda electoralista del actual régimen no ha hecho más que avivar, por los días en que esto se escribe, la heroica lucha de la Sierra Maestra. Frente a ella, ha resultado

hasta ahora impotente el esfuerzo de Batista. Esa futilidad, que tanto sorprende en el extranjero probablemente se debe menos a dificultades tácticas de tipo militar que al escaso espíritu de los propios soldados, que no tienen más que la muerte que ganar en la pelea. Así y todo, el empeño de Castro y los suyos es tan desmesurado como heroico. A menos que se produzcan circunstancias favorables muy decisivas antes del 10 de marzo —fecha en que se cumple el sexto aniversario del nefasto golpe militar de Batista— la suerte de la gallarda empresa es sumamente incierta.

Si Fidel Castro llegase a triunfar en ella se abriría para Cuba la incógnita natural de toda mutación semejante, pero bajo un signo indudable de fervor patrio. Si, por desgracia, pereciese Castro en la contienda, es de temer que el proceso cubano no cambiaría sino en la superficie. En el fondo, seguiría hirviendo la voluntad dolorida de un pueblo ya suficientemente maduro en su vocación nacional para querer ordenar de una vez sus destinos.



Tome
TABLETAS MILMA
después de las COMIDAS
para evitar
TRASTORNOS DIGESTIVOS



Si por ser muy aficionado a la buena mesa, usted sufre a veces de trastornos digestivos, ¿por qué no adopta la sana costumbre de tomarse dos o tres Tabletillas Milma después de las comidas?

Las Tabletillas Milma son antiácidas y digestivas porque están hechas a base de Leche de Magnesita Phillips. Y tienen un grato sabor a menta. Con las Tabletillas Milma el alivio llega rápido, seguro, maravilloso.

Pida Tabletillas Milma en su farmacia: la tira con 3 tabletas en celofán, que cuesta sólo cinco centavos, para llevar consigo, y el económico frasco familiar para tenerlo siempre en su hogar.

TABLETAS MILMA antiácidas y digestivas